

gaste la inefable ventura de verme reproducido en un hijo adorado; bajo tu cielo concebí la primera idea de la empresa que es mi esperanza; ¡pero cuán caros me has hecho pagar estos favores!

Me has exigido la juventud, el amor, las ilusiones.

Afortunadamente, no has podido arrebatarme ni la esperanza, ni la fé.

---

## Capítulo V.

---

### Un rey y un loco.

Cuando más avanzaba Colon en su relato, mayor era la emoción que su alma revelaba en sus francas palabras.

El prior del convento y los demás frailes que oían aquella narración, participaban de un mismo sentimiento.

Este sentimiento era una profunda admiración hacia aquel hombre, en cuya espaciosa y serena frente, en cuyos negros y penetrantes ojos, en cuya actitud humilde y majestuosa á la vez, no podían menos de reconocer una naturaleza privilegiada, uno de esos seres destinados por la Providencia para dar en la tierra la más completa idea de la grandeza del Hacedor encarnada en sus criaturas.

El que se les había aparecido al principio como un mendigo, como un pordiosero, y sin recursos para alo-



jarse en una posada; el que llamaba á las puertas del convento implorando la caridad, el que sólo les habia inspirado al principio ese deseo de proteccion sencillo, natural, comenzaba á tomar para ellos el verdadero carácter que tenia.

No era una obra de caridad, como las que á todas horas realizaban aquellos santos varones, la que iban á llevar á cabo.

Juan Perez de Marchena, el prior del convento, hombre á la vez de gran corazon y de superior inteligencia, capaz de comprender al viajero, veia en su llegada á aquella hospitalaria casa una ocasion que le proporcionaba la Providencia de prestar á uno de los séres más privilegiados de la tierra la proteccion que podia dispensarle con la influencia que le habian adquirido sus virtudes, su talento y su carácter severo y bondadoso.

Todos los circunstantes, atraidos por la mágia de las palabras de Colon, se habian ido acercando á él hasta el punto de rodearle.

Ninguno separaba de él su vista, y sobre todo, el superior no quitaba sus ojos de los de aquel hombre, creyendo leer en sus miradas algo más todavía de lo que le decian sus palabras.

¿Y cómo no habia de suceder esto?

En todo tiempo, pero particularmente en aquella época oscura, en aquella época en que la ciencia vivia en un reducido espacio, en que apenas salia de los conventos, en que era patrimonio de un corto número de hombres, la aparicion de uno que, obedecien-

do á una inspiracion sublime, revelaba con la sinceridad de la fé que habia soñado un nuevo mundo, un nuevo, inmenso y rico territorio, y que estaba seguro de realizar aquel sueño, tenia precisamente que aparecer un hombre sobrenatural, el que al vulgo y á los envidiosos sólo habia parecido hasta entonces un mísero demente.

—Y vos, amigo mio,—dijo el prior,—seguro como estábais de descubrir ese nuevo y soñado territorio, ese inmenso tesoro, defendido de las miradas de los hombres por las amenazadoras murallas del Océano, ¿no aspirásteis á convenceros de la verdad de vuestra inspiracion, no os sentisteis con bastante valor para luchar brazo á brazo con el Océano, arrancarle sus secretos y cubrir vuestro nombre de gloria?

—¡Ah!—dijo suspirando Colon.—¿Vos me preguntais eso? ¿No habeis descubierto en mi rostro las huellas del dolor? ¿No habeis visto en las canas que empiezan á blanquear mi cabello, dándome una vejez prematura, no habeis adivinado que he luchado mucho, que me ha devorado largo tiempo y me devora todavía la sed de realizar mi pensamiento? Pero ¿cómo vencer la indiferencia, la ignorancia y la envidia?

Toda la vida de un hombre no basta para destruir uno solo de estos tres enemigos, que son los que la combaten decididamente y sin trégua.

—Pero al ménos, para tranquilizar vuestra conciencia, para satisfacer vuestras aspiraciones, debísteis implorar la proteccion de los grandes.



—Y qué, ¿no la he implorado?

El soberano de Portugal, don Juan II, es un monarca ilustradísimo: vos lo sabeis; un rey emprendedor, activo, inteligente. Todo lo grande, todo lo heroico, le seduce: ha escuchado á los sabios, ha estudiado con verdadero amor las ciencias. Cuando yo me acerqué á él, se habia apoderado de su espíritu un vivísimo deseo de unir la Europa con el Asia. Vasco de Gama habia salido á descubrir un camino marítimo para las Indias. Ninguna ocasion mejor que aquella; ningun soberano mejor que aquel para escucharme, comprenderme y apoyarme. Yo estaba convencido de que tenia los medios de realizar de una manera más ventajosa su proyecto. En mi imaginacion veia yo un camino más amplio, más directo, tomando el rumbo del Oeste, y supliqué una audiencia al rey para revelarle mis planes, y pedirle los medios de realizarlos en beneficio de la fortuna y de la gloria de sus Estados.

—¿Y el rey de Portugal os escuchó?

—Generoso, benéfico, con la fé y la esperanza, me recibió en su régia cámara. Nunca podré olvidar aquel dia, en que resonaron por primera vez sus palabras en mi oido. Era difícil para un hombre como yo, sin posicion, sin influencia, sin patrimonio de ningun género, llegar hasta las gradas del trono.

A pesar de la oscura vida que yo hacia, los hombres ilustrados más próximos al rey habian tenido noticia de mis estudios, de mis proyectos, de mis esperanzas; y cuando humildemente me acerqué á al-

gunos de ellos para implorar su mediacion á fin de que me recibiera el rey, procuraron desilusionarme primero, evitar mi entrevista despues.

Todo fué inútil: don Juan II sintió curiosidad, deseo de oirme, y cuando ménos lo esperaba, uno de sus gentiles hombres llegó á mi casa y me anunció que el soberano accedia á mis ruegos, y me honraba concediéndome una audiencia.

¡Oh! ¡Qué dulcísima esperanza nació en mi corazon y en el de mi adorada esposa!

—Vé, Cristóbal,—me dijo llena de júbilo y entusiasmo:—tal vez ha llegado para nosotros el dia del premio; tal vez vas á encontrar en el monarca la mano protectora que necesitas para realizar esos sueños sublimes que llenan tu imaginacion, para aumentar la felicidad de la mujer que te ama, para dar un noble ejemplo que imitar á nuestro amado hijo.

Y al decir esto, lágrimas de ternura surcaban sus mejillas.

Inmediatamente fui á palacio.

El rey no me hizo esperar.

Al entrar en su cámara, mis esperanzas se aumentaron.

No era aquella ostentosa habitacion la morada de un rey ocioso.

Los caprichos del lujo, las riquezas, estaban postergados á los atributos de la ciencia.

Todo en aquella augusta morada hablaba de su dueño, y decia que el que habitaba allí era un hombre amante del progreso, conocedor de la ciencia; un



hombre, en fin, que quería legar á la posteridad su nombre con el prestigio de la gloria.

—¿Sois vos, —me dijo, —el estudioso geógrafo que está seguro de que guarda el Océano en su seno nuevas tierras, con razas primitivas, con riquezas inmensas?

—Sí, —contesté al monarca.

Y le referí, con lo voz elocuente de la sinceridad, las razones en que fundaba mi pensamiento.

El rey me escuchó con interés.

—No sé, —me dijo, — si soñais; pero de cualquier modo, vuestro sueño es grandioso y merece la protección de un soberano.

No sois vos el primero que ha abrigado ilusiones tan magnificas como esa.

Pero de todo cuanto he oido, nada ha logrado convencerme de la manera que vos.

Yo os prometo someter al fallo de los hombres más sábios y más ilustres de mi nacion el proyecto de que me habeis hablado, y si ellos, como espero, se convencen de la posibilidad de su realizacion, si ellos no encuentran argumentos bastantes para calificar de un sueño, solamente de un sueño, vuestro plan, yo os ofrezco todo mi apoyo, todos los recursos que necesitais, todas las embarcaciones y todos los marinos que pueden ayudaros en vuestra empresa; y si tal sucede, no cambiaré mi gloria por la de ningun otro monarca de la tierra.

—Vos, padre mio, —añadió Colon, dirigiéndose al superior, —vos que habeis podido comprender mi

alma desde que me oís hablar, no extrañareis que os diga que en aquel momento sentí una profunda gratitud hácia aquel poderoso rey, que fortificaba la esperanza en mi corazon.

Estaba seguro de que mi plan seria aprobado, y con esta confianza, apenas supe que su majestad habia convocado un consejo de sábios y de políticos para que examinasen mis proposiciones, pidiéndole un informe acerca de la posibilidad de mi empresa; aguardé tranquilo su fallo.

¡Tranquilo digo! No, no estaba tranquilo.

Aquellos altos personajes iban á decidir de mi suerte, de mi suerte que yo creia ligada al porvenir glorioso de una nacion que me habia amparado, y en la que habia encontrado mi alma la más pura, la más grande, la más inmensa de mis felicidades.

Formaban el consejo el confesor del rey y algunos geógrafos, tanto más acreditados en la corte, cuanto que se separaban ménos de las preocupaciones vulgares que habia por entonces.

Mientras ellos estaban reunidos y examinaban mi proyecto, ¿por qué no he de decirlo? Yo, tembloroso, volví á mi hogar para ver si encontraba en las palabras de mi esposa alguna esperanza que mitigase mi temor.

Era el anochecer.

Llegué á las puertas de mi casa, y pude entrar sin que nadie se apercibiera de mi llegada. Busqué á mi familia, y con sorpresa y alegría en mi corazon, encontré á todos aquellos seres que vivian en torno



mio, en una habitacion retirada, prosternados delante de una imágen de la Virgen, y entregados á la más ferviente oracion.

Todo lo comprendí.

Obedeciendo á un impulso secreto, cai tambien de rodillas.

Mi esposa imploraba la proteccion de la Virgen en favor de mis planes.

Al verme, vino á mis brazos y me dijo:

—Vuelve, vuelve á saber cuál ha sido el resultado de esa sesion solemne, en la que una nacion vá á juzgar tus proyectos.

Mi corazon me dice que triunfarás.

—¿Y triunfásteis?—preguntó el superior.

—¡Ah! No; sin duda alguna no habia hecho bastantes méritos para alcanzar la proteccion divina, ó el triunfo que me reservaba la suerte era demasiado grande, para que yo lo consiguiese con tanta facilidad.

El consejo calificó de ilusorios mis proyectos, y aun hizo más: declaró mis ideas contrarias á las leyes de la fisica y á las de la religion.

—¿Será posible?

—Sí; yo, el hombre de la fé, el hombre que más motivos tenia para comprender y admirar á la Providencia, para amarla, era calificado por aquellos sábios, por aquellos altos personajes que rodeaban al rey, de ignorante y de anti religioso.

Colon se conmovió profundamente al evocar este recuerdo.

El superior estrechó su mano con efusion.

—Animo, amigo mio, ánimo,—le dijo;—proseguid esa historia, sin olvidar que el martirio sólo le sufren los que merecen alcanzar la gloria.

—El rey no satisfecho todavía con la opinion de sus consejeros, se dignó oirme de nuevo, y á ruegos mios nombró un nuevo consejo para que me escuchase.

Yo asistí á él.

Hablé, perdonad mi soberbia; expuse tales razones, que no encontraron argumentos con que destruirlas.

Y sin embargo, rechazaron mis planes y me calificaron de visionario.

Pero al mismo tiempo, sin que el rey lo supiese, con una perfidia que yo perdono; comunicaron mis planes á un piloto, hombre audaz, atrevido, emprendedor y bastante diestro, y dándole recursos, le obligaron á partir misteriosamente en un navio, sin otro fin que el de robarme mi pensamiento y el de que fuese á buscar el camino que yo habia indicado, como el que podia conducir al Asia más directamente, para darle la gloria que deseaba para mí.

—¿Y cuál era la causa de esta enemistad, de esta perfidia, de este odio hácia vos?

—¡Misterios son de la conciencia humana!

Yo no les habia hecho daño.

Si de algo era culpable, era de haber adelantado algo más que ellos en mis investigaciones, de haber refutado sus argumentos, de haber demostrado la insignificancia y la vulgaridad de sus ideas.



Tal vez llevé á su ánimo la convicción, tal vez desperté en ellos la duda, y la duda les inspiró el propósito de buscar una persona que me suplantase, que me arrancase la esperanza, que era toda mi vida.

—¿Y conocíais al piloto?

—Sí, no sólo le conocía, sino que habia tenido ocasion de prestarle un gran servicio.

Al volver de su primer viaje le conocí.

Deseoso de oírle hablar de su navegacion, le escuché con entusiasmo.

Habia en él algo de extraordinario que me cautivaba, y fui su amigo.

Una segunda expedicion le alejó de su casa, y dejó solas á su esposa y á una hija.

Durante mucho tiempo no se supo nada de él.

Un dia llegaron nuevas de que su embarcacion se habia perdido, y de que él habia muerto.

La pobre viuda vino á buscarnos con el dolor en el alma, con las lágrimas en los ojos.

Carecia de recursos, no tenia á quien implorar auxilio, y nosotros, que éramos pobres, hicimos por ella cuanto nos fué posible.

Más de dos años compartimos con ella nuestro sustento.

Al fin cesó su amargura.

Un dia llamó á sus puertas el hombre á quien lloraba muerto.

La esposa halló al esposo, la hija al padre.

—Jamás olvidaré lo que habeis hecho por mí,— me dijo, estrechando mi mano.

—¿Y sin embargo, fué capaz de haceros esa traicion?

—Os he dicho que le perdono. Hay pocos hombres que puedan dominar la codicia.

—¿Y decís que partió?

Partió, sí, con las instrucciones de mis enemigos. Algun tiempo despues de haberse celebrado el consejo, llegó á las islas Azores, las abandonó para internarse; pero despues de haber navegado muchos dias, se volvió espantado ante la inmensidad del espacio, que formaba el único horizonte de su vista.

—¿Es decir que?...

—Que no tenia la fé que yo, que tal vez la conciencia le remordía al hallarse en medio de la inmensidad de los mares.

Poco despues volvió, y su vuelta confirmó la creencia del Consejo. Los que habian querido venderme, contestaron á las reiteradas indicaciones del soberano para que estudiasen mi proyecto, que sin su voluntad, y para convencerse de que no se equivocaban, habian costeado una expedicion siguiendo el rumbo que yo habia trazado, y aseguraron que el resultado habia sido el convencimiento de que mis proyectos eran sueños.

El monarca quiso oír al piloto.

Este confirmó las palabras de los consejeros del rey, y su majestad, bondadoso conmigo, deseoso de protegerme, me abandonó al fin y al cabo, compadeciéndose de mí, y como los demás, llegó á creer que no era más que un pobre loco.



Este golpe fué fatal para mi.

Todas mis esperanzas se habian desvanecido, acaso para siempre; porque ¿á quién pediria proteccion, ni quién me la daria, cuando supiera que todo un soberano habia estado dispuesto á ampararme, y que el convencimiento de la inutilidad de mis planes le habia obligado á dejarme en el abandono?

No perdía sólo la esperanza del hombre amante de la ciencia, sino la esperanza del padre, del esposo y del hijo.

La fortuna que yo habia soñado para los míos se escapaba de mis manos, y al caer la venda de mis ojos, no hallaba en torno mio más que las huellas de la miseria.

Mi pobre esposa no pudo resistir tantas amarguras, y su muerte vino á aumentar mis terribles desdichas.



## Capítulo VI.

El peregrino.

Después de una breve pausa, prosiguió el viajero su interrumpida narracion:

—¡Pobre Felipa mia! ¡Ella era la única en el mundo que me habia comprendido, que habia dado fé á mis palabras, me abandonaba. ¿Qué iba á ser de mí?

¡Su pobre madre no tardó en seguirla al sepulcro!

Beppo, amaestrado por mí en el arte de la navegacion, ávido de surcar las hondas, habia pedido á su madre. y obtenido de ella, el permiso para embarcarse.

Se separó de nosotros antes de perder á su hermana y á su madre.

Su suerte ha sido muy distinta de la mia.